

BOLETIN



ECLESIASTICO

DEL

OBISPADO DE ASTORGA.

SECRETARÍA DE CÁMARA.

ÓRDENES.

S. E. Ilma., el Obispo mi Señor, ha dispuesto conferir la Prima clerical Tonsura y celebrar órdenes generales menores y mayores en los dias 20 y 21 del próximo mes de Setiembre.

Los aspirantes presentarán en esta Secretaría sus respectivas solicitudes antes del 13 de Agosto, espresando en ellas su nombre, el de sus padres, naturaleza, edad, pueblo de su residencia, así permanente como accidental; orden que pretendan recibir y á que título; advirtiéndole que no se admitirá solicitud alguna que carezca de dichos requisitos ó no fuere presentada en el término prefijado.

Todos acompañarán precisamente la partida de bautismo y certificación de buena vida y costumbres expedida por el Párroco ó Catedrático respectivo, y además:

Para la *Prima clerical Tonsura*: partida de confirmación.

Para *órdenes menores y Subdiaconado*: título de Prima clerical Tonsura, certificado de exención de quintas expedido por el Consejo Provincial, el de haber probado tres años de Teología dogmática ó dos de Teología moral y el título de ordenación;

Para el *Diaconado y Presbiterado*: título del último orden recibido y certificado de haberlo ejercido.

Los exámenes tendrán lugar el 23 y 24 del referido mes de Agosto, y terminados estos, se entregarán las correspondientes publicatas.

Lo que de orden de S. E. Ilma. el Obispo, mi Señor, se anuncia en este boletín para conocimiento de los interesados. Astorga 17 de Julio de 1867.

=Dr. Joaquin. Palacio, Canónigo Secretario.

—218—

Continúa la suscripción de donativos voluntarios abierta en esta Diócesis á favor de la Santa Sede.

	<u>Reales Mra.</u>
SUMA ANTERIOR	363.833 33.
D. Valentin Ramon Gavela, párroco de Benuza suscripcion del primer semestre.	60
D. Francisco de Prada, párroco de Cobreros, por suscripcion	42
Del cepillo de id.	2 12
D. Antonio de Prada, coadjutor de id, suscripcion del corriente año.	48
D. Santiago Vicente Fiz, presbitero de Villanazar.	12
D. Felix de Prada, párroco de Pradorrey, suscripcion del primer semestre.	40
SUMA.	<u>364.038 11.</u>

(Se continuará)

Astorga 17 de Julio de 1867.—Dr. Joaquin Palacio, Secretario.

AVISO

A LOS OBLIGADOS AL REZO DEL OFICIO DIVINO EN ESTA DIÓCESIS.

Al rezar las vísperas en el dia 17 del próximo mes de agosto leáse en la cartilla: Vp. seq. (m. y.) año. pr. com. præc. et Dom. año. *Omnis Sapientia* ac 2. Oct. et S. Agapit. M.

En el oficio y misa del 18 de dicho mes de agosto, leáse: Dom. † 10 post. Pent., 3. Aug. et Infraoct. Assump. alb. S. Joachim. C. Patr. B. M. V. dup. maj. Offic. ipsa Dom. vel 20 Mart. II. 1. N. *Btus. vir.* rel. pr. ex 8. et 9. 1. fit una año: ad *Btus.* pr. 9. 1. et com. Dom. 10. et 2. Oct. ac S. M. in Ld. et Mis. Cr. Præf. Assump. ult. Ev. Dom. 10. In Vp. com. seq. et Dom. act. 2 Oct.

En el oficio del dia 19 del mismo mes entiéndase: Fer. 2. alb. S. Alphons. Mariæ de Ligor. Ep. et C. dup. (D. F.) Offic. 2. Aug (m. y.) II. 1. N. Ev. Dom. præc. 3. Aug. vel pr.

El encargado de la Cartilla.

ALOCUCION

pronunciada por nuestro Santísimo Padre el Papa Pio Nono en el consistorio celebrado en Roma el día 26 de Junio último.

Venerables Hermanos: alegría y consuelo singulares es para nos, en medio de nuestras crueles amarguras, el gozar de nuevo de vuestra presencia y de vuestra afluencia tan preciosas, así como poderos dirigir la palabra en esta magnífica asamblea.

En efecto; vosotros, conducidos á esta ciudad de todas las regiones de la tierra á una señal de nuestro deseo y por inspiración de vuestra piedad; vosotros tan eminentes por vuestra religion, llamados á compartir nuestra solicitud, nada temais con mas empeño en estos calamitosos tiempos que traernos vuestro auxilio para defender el catolicismo y procurar la salvacion de las almas, suavizar nuestros multiplicados pesares y suministrar pruebas cada dia mas relevantes de vuestra fidelidad, de vuestra buena voluntad, de vuestra obediencia hácia esta cátedra de Pedro.

Nos regocijamos, por lo tanto, profundamente de vuestra presencia ante este nuevo testimonio de vuestra piedad y de vuestro amor, y recordamos con placer todos aquellos que hasta este dia habeis dado á porfia con tal concordia, con un celo de todo género, sin dejaros desanimar por la adversidad. Así es que este recuerdo tan suave y tan dulce, tan profundamente impreso en nuestra alma y que permanecerá en ella indeleble, hace que el sentimiento de nuestra gratitud y de nuestro afecto, mas ardiente y mas vivo que nunca, necesite desahogarse alta y públicamente entre todos vosotros, por signos mas manifiestos y por prendas mas evidentes.

Pero si esta mirada al tiempo pasado nos penetra de tanto consuelo, ya comprendereis vosotros mismos, venerables hermanos, y de ello estamos seguros, cuánto amor y cuánta alegría conmueve hoy nuestro corazon, cuando tenemos de nuevo la felicidad de gozar de vuestra presencia y de vuestro afecto, de vosotros, que desde las mas lejanas provincias católicas habeis venido á nuestro lado, á nuestro simple deseo é impulsados por vuestra piedad y vuestra adhesion.

Nada en efecto podríamos desear mas, ni nada sernos mas agradable que hallarnos en vuestra asamblea, y aprovechar los frutos de nuestra mútua reunion, sobre todo para realizar estas solemnidades en las que todo cuanto pasa por delante de nuestros ojos habla de la unidad de la Iglesia católica, del inmutable fundamento de esa unidad, del esmero y de la gloria con que esa unidad debe ser protegida y mantenida. Si; todo habla de esa admirable unidad por la que, como por una especie de canal, corren el cuerpo místico de Jesucristo, los dones y las gracias del Espíritu divino, sus-

citando en cada uno de sus miembros esos ejemplos de fé y de caridad que son la admiracion de todo el género humano.

Se trata, en efecto, venerables hermanos, en este momento de discernir los honores de santos é ilustres héroes de la Iglesia, cuya mayor parte ha peleado el glorioso combate del martirio. Unos, por defender el principado de esta silla apostólica, que es el centro de la verdad y de la unidad; otros, por reivindicar la integridad y la unidad de la fé; otros en fin por atraer al seno de la Iglesia católica á hombres arrastrados por el cisma, han sufrido con gusto una muerte preciosa. De tal modo, que el maravilloso designio de la Providencia se revela aquí manifiestamente, puesto que ha dado esos ejemplos de adhesion á la unidad católica y el triunfo de esos adictos suyos precisamente en la época en que la fé católica y la autoridad de la silla apostólica se ven atacadas por las maquinaciones mas implacables.

Se trata además de celebrar con ritos solemnes la memoria de aquel dia de tan favorable presagio en que, habiendo sufrido el bienaventurado Pedro y su coapóstol Pablo hace 1800 años en esta ciudad el mas glorioso martirio, consagraron con su sangre la fortaleza inespugnable de la unidad católica.

¿Qué podia haber, pues, venerables hermanos, mas apetecible para nos y mas en armonía con el triunfo de tales mártires, que hacer brillar en los honores que se les tributa con una luz y un resplandor magníficos, los mas bellos ejemplos y los mas espléndidos espectáculos de la unidad de la Iglesia católica? ¿Qué cosa mas justa que el que esta alegría por el triunfo de los principales de los apóstoles, que pertenece á todo el universo católico, fuese realizada por vuestra presencia y vuestro celo? ¿Qué cosa mas conveniente, en fin, que el esplendor de tantos y tan grandes espectáculos se hiciese mas brillante aun por el aditamento de vuestra piedad y de vuestra alegría?

Pero esa piedad y esa union íntima con la silla apostólica no está solo en consonancia con las circunstancias y con vuestros sentimientos, venerables hermanos. Es de gran importancia, sobre todo, que saquemos de ahí los frutos mas saludables, sea para comprimir la audacia de los impíos, sea para poderla convertir en ventaja comun de los fieles y vuestra.

Es preciso que los adversarios de la religion comprendan por ella cuál es la fuerza y la vida de esta Iglesia católica, que no cesan de perseguir con su odio; que sepan cuan insensata é inépta es la injuria que le dirigen cuando la acusan de estar exhausta de fuerza y de no responder á su época; que aprendan cuán mal inspirados están al fiarse en sus propios triunfos, en sus esfuerzos y en sus empresas, y que vean que no podría quebrarse un haz de fuerzas tal como el que Jesucristo y su virtud divina han amontonado sobre la piedra de la confesion de los apóstoles.

Es preciso, pues, hoy mas que nunca, venerables hermanos, que todos los hombres vean claramente que no hay vínculo estrecho ni seguro entre las almas sino allí donde reina sobre todos el único y mismo espíritu de Dios, y que si los hombres abandonan á Dios y desprecian la autoridad de la Iglesia, no consiguen esa felicidad que buscan en el camino del crimen, sino

que son precipitados miserablemente en los mas crueles desórdenes y en las mas funestas tormentas.

Pues si se considera la ventaja comun de los fieles, venerables hermanos, ¿qué puede haber para las naciones católicas mas saludable y mas favorable para el acrecentamiento de la obediencia hácia nos y hácia la Sede apostólica que es ver lo queridos que son los derechos de la unidad católica á sus pastores, y contemplar á esos pastores atravesando los vastos espacios de la tierra y de los mares sin ningun reparo por los inconvenientes del viaje, para volar hácia Roma y hácia la silla apostólica, á fin de reverenciar en nuestra humilde persona al sucesor de Pedro y al Vicario de Jesucristo en la tierra?

Esa autoridad de ejemplo les hará reconocer mejor que las enseñanzas mas sutiles, cuanta veneracion, deferencia y sumision deben profesarnos á nos á quien en la persona de Pedro fué dicho por nuestro señor Jesucristo: «Apacentad mis corderos, apacentad mis ovejas,» y á quien por esas palabras fueron confiados el cuidado y el poder supremo sobre la Iglesia universal.

Mas aun, venerables hermanos; vosotros mismos, al cumplir vuestro sagrado ministerio, obtendreis un fruto escelente de esa deferencia hácia la silla apostólica. En efecto, cuanto mas os sujeten á la piedra angular del edificio místico, los vínculos de la fé, de la ternura y del amor, mas os sentireis revestidos, como lo enseña la memoria de todos los tiempos de la iglesia, de esa fuerza y de ese valor que se exigen de la grandeza de vuestro cargo contra los embates del enemigo y las adversidades de la fortuna.

¿Es otra cosa lo que queria comprender Nuestro Señor Jesucristo, cuando confiando á Pedro el cuidado de sostener la firmeza de sus hermanos: «He orado por tí, dijo, á fin de que tu fé no desmaye, y de que cuando seas convertido, confirmes á tus hermanos?» En efecto, como indica San Leon el Magno, «el Señor toma un cuidado especial por Pedro, y ora especialmente por la fé de Pedro, como si la condicion de los otros estuviese mas asegurada, no siendo vencido el corazon de su principe.» Es, por lo tanto, en Pedro donde reside todo valor, y el auxilio de la gracia divina está coordinado de tal modo, que la firmeza concedida por Jesucristo á Pedro, la confiera Pedro á los demas apóstoles.

Por eso hemos estado siempre persuadidos de que esa fuerza, de que fué colmado Pedro por un don especial del Señor, no puede ménos de difundirse en vosotros cada vez que os acerqueis á la persona de Pedro, vivo en sus sucesores, ó solo cuando tocáseis en esta ciudad, que el príncipe de los apóstoles regó con sus sagrados sudores y su sangre triunfante. Mas aun venerables hermanos; jamás hemos dudado que de ese sepulcro mismo en que reposan las cenizas del bienaventurado Pedro, en medio de la veneracion eterna del universo, saliese cierto poder oculto, una virtud saludable que inspire á los pastores del rebaño del Señor las fuertes empresas, los grandes designios, los sentimientos magnánimos, y gracias al cual sus fuerzas restauradas impongan á la audacia impudente de los enemigos, desi-

gual á la virtud y al poder de la unidad católica, una derrota y una ruina seguras en un combate desigual.

¿Por qué lo habíamos en efecto de disimular? Venerables hermanos, hace ya mucho tiempo que estamos en el campo de batalla, y que luchamos por la defensa de la religion y de la justicia contra enemigos pérfidos y encarnizados; el combate es tan prolongado, tan terrible, que todas las fuerzas reunidas de la milicia sagrada parecen apenas suficientes para resistir. En cuanto á nos, combatiendo por la causa de la Iglesia, por la libertad y por los derechos de nuestro cargo supremo, hemos escapado hasta ahora, gracias al auxilio de Dios Todopoderoso, de mortales peligros.

Pero sin embargo, nos vemos arrastrados y sacudidos por los vientos y por las olas contrarias: no tememos el naufragio, porque la asistencia presente de nuestro Señor Jesucristo no nos permite temer; pero nos aflige un íntimo dolor al ver tantas nuevas y monstruosas doctrinas, tantos crímenes é impiedades contra la Iglesia y la silla apostólica.

Ya las hemos condenado y reprobado en otra parte, y de nuevo hoy, obedeciendo al oficio de nuestro cargo, las condenamos y reprobamos públicamente.

Sin embargo, en las circunstancias actuales, y en medio del júbilo que nos procura vuestra presencia, queremos evitar el recuerdo de tantos afanes, cuidados y angustias que atormentan y desgarran nuestro corazón con graves y continuas heridas.

Los colocaremos mas bien sobre los altares que tantas veces hemos abrumado con nuestras oraciones y regado con nuestras lágrimas. Revelaremos y desahogaremos de nuevo en nuestras súplicas reiteradas todos esos sufrimientos en el seno de la misericordia del Padre celestial, confiándonos sin reserva al que sabe y puede procurar la gloria y la salvacion de su Iglesia, y que haciendo justicia á todos los que sufren injuria por nuestra causa, y á todos los que se constituyen en adversarios nuestros, pronunciará en el día fijado su justa sentencia.

Entretanto, vosotros, venerables hermanos, comprendéis muy bien en vuestra experimentada sabiduría; cuánto importa, para oponerse á los designios de los impíos, y reparar las desgracias de la Iglesia, el que vuestro acuerdo unánime con nos, y con esta Sede apostólica, brille cada día con mas esplendor. Este amor hacia la union católica, que arraigado en vuestras almas, quiere difundirse por todas partes en beneficio de la Iglesia, os impedirá descansar hasta tanto que hayais conseguido con incesantes esfuerzos, atraer á la concordia universal, á la mancomunidad indestructible de la fé, la esperanza y la caridad, á todos los eclesiásticos de quienes sois jefes, y á todos los fieles cuya cura de almas os está confiada.

Ciertamente que no podria darse un espectáculo mas bello á los ojos de los ángeles y de los hombres, que el de reproducir en esta peregrinacion que nos conduce de la tierra á la patria celestial, la imágen fiel de aquella otra peregrinacion que las doce tribus de Israel emprendieron hácia la tierra prometida, cumpliendo los mandatos del Altísimo. Ellas marchaban juntas

dirigidas por sus respectivos jefes, distinguiéndose por sus nombres y no separándolas en el campo sino una imperceptible línea de demarcación. Cada familia obedecía á sus padres: cada grupo de guerreros á sus capitanes, y la multitud al príncipe profeta. Componían todas aquellas razas un solo pueblo que adoraba al mismo Dios y elevaba al cielo sus preces junto al mismo altar: un solo pueblo sometido á las mismas leyes y que reconocía la autoridad de Aaron, Pontífice supremo, y de Moisés, enviado del Señor; un pueblo sometido á iguales cargas en los trabajos de la guerra y partícipe de idénticos beneficios al recoger el fruto de sus victorias; un solo pueblo, en fin, que viviendo bajo las mismas tiendas, se alimentaba del maravilloso manjar bajado del cielo y aspiraba unánime á un grande objeto.

Sabemos muy bien, y hemos tenido ocasion en que experimentarlo, que vuestros esfuerzos se dirigirán constantemente á conservar y fortalecer la union: muchas son las pruebas que nos habeis dado de vuestra fé y vuestra concordia, y no podemos esperar otra cosa de la alta integridad y eminentes virtudes que os distinguen, merced á las cuales habeis llegado á dominar los mayores peligros.—Nos garantiza vuestra ulterior conducta el celo é infatigable ardor que os impulsan á procurar la salud eterna de los hombres para aumentar la gloria de Dios; pero nos lo garantiza aun mayormente y con una completa certidumbre, la plegaria sublime que Jesucristo, antes de sufrir los últimos tormentos, dirigió al Eterno Padre, rogándole por la salud de los hombres en estas inolvidables palabras: «que ellos sean todos uno como vos, padre mio, sois en mí y yo en vos, y que todos sean uno en nos»; es imposible que el Altísimo haya despedido semejante ruego. En cuanto á nos, venerables hermanos, nada deseamos con mayor interés sino el recoger de vuestra union con la Sede apostólica los frutos mas favorables para la Iglesia universal.

Abrigamos desde hace largo tiempo un designio del que hemos dado conocimiento á muchos de nuestros venerables hermanos, y que esperamos realizar tan luego como se presente la ocasion oportuna, vivamente anhelada por nosotros. Este designio es el de reunir un sagrado concilio ecuménico y general de todos los obispos del mundo católico, á fin de buscar, con la ayuda de Dios, en su solicitud y sus consejos, el remedio saludable y eficaz de los males que afligen á la Iglesia.

Esperamos que por este medio la luz de la verdad católica esparcirá su claridad saludable en medio de las tinieblas que oscurecen los espíritus, haciéndoles conocer, con la gracia de Dios, la verdadera senda de la salvacion y de la justicia. Al mismo tiempo la Iglesia, cual un ejército invencible formado en batalla, rechazará los asaltos de sus enemigos, aniquilará sus esfuerzos, y obteniendo la mas completa victoria, estenderá el reino de Jesucristo sobre la tierra.

Entre tanto, y á fin de que nuestros votos sean cumplidos, y que nuestros cuidados y los vuestros produzcan á los pueblos cristianos abundantes frutos de justicia, elevemos los ojos á Dios, origen de toda bondad y de toda equidad, en quien existe la plenitud de los recursos y la fecundidad de la gracia.

Pues que tenemos por abogados cerca del Eterno Padre á Jesucristo, hijo de Dios, á ese Pontífice soberano que ha penetrado en los cielos, que siempre vivo intercede por nosotros, y que en el admirable sacramento de la Eucaristía está con nosotros hasta la consumacion de los siglos, coloquemos, venerables hermanos, al Redentor como un signo sobre nuestros corazones, y elevemos con toda confianza nuestros ruegos al pié del altar en que el autor mismo de la gracia ha establecido el trono de la misericordia, donde espera á los que sufren deseoso de fortalecerles en sus tribulaciones.

Supliquémosle, pues, humildemente y sin cesar que libre á su Iglesia de los males y peligros que la rodean, que le conceda la paz y la alegría, que asegure su triunfo contra los enemigos que la combaten, que nos auxilie á todos con nuevas fuerzas y que inflame los corazones de los hombres con aquel fuego celestial que vino á difundir sobre la tierra, y cuya virtud desvanece todos los errores.

Será digno de vuestra piedad, venerables hermanos, el que consagreis todos vuestros esfuerzos á aumentar en los fieles, de cuya direccion espiritual estais encargados, el conocimiento de Nuestro Señor Jesucristo, que ellos le veneren, que le amen y que lo visiten con frecuencia en el augusto Sacramento donde está presente; nada será mas conforme á vuestro celo y solicitud que el sostener en los corazones cristianos la viva llama de la caridad, como brillan las sagradas antorchas alrededor de los altares.

Y para que Dios escuche con mas benevolencia nuestras súplicas, impetremos ante todo el auxilio de su Inmaculada Madre María Santísima, cuyo patronato es tan eficaz cerca del Altísimo; despues el de los santos apóstoles Pedro y Pablo, cuya entrada en el cielo nos preparamos á celebrar, y por último el de todos los bienaventurados que pueden atraer sobre nosotros con sus ruegos la proteccion divina.

En fin, venerables hermanos, á vosotros como á los demás prelados de las naciones católicas, y á los fieles confiados á su direccion espiritual, de todos los cuales hemos recibido tantos testimonios de particular afecto, enviamos del fondo del corazon nuestra bendicion apostólica, unida á nuestros votos por su felicidad.

ANUNCIO.

COLECCION DE SERMONES MORALES

PANEGIRICOS Y PLATICAS DOCTRINALES

POR D. MANUEL BARBER PBRQ.

DEDICADA Á LOS SRES. CURAS PÁRROCOS Y DEMAS ECLESIASTICOS, CON LAS LICENCIAS NECESSARIAS.

Tres tomos en 4.º y rústica de cerca de 400 páginas 18 rs. uno.

ASTORGA:—1867. Imp. y lib. de D. Antonio Gullon, plaza de la Constitucion, 9.